

# La permanencia en el poder

NO parecen existir muchas dudas acerca de la continuidad del franquismo como perpetuación de sectores oligárquicos cuyas raíces son anteriores al propio general Franco. El poder, por su parte, se empeña en hacernos creer en la desaparición de esa superestructura socio-económica. Diversos servicios de seguridad franquistas han sido "quemados" en aras de una fácil demostración del cambio. Pero la trabazón orgánica de los servicios, a cuyo frente en la mayoría de los casos continúan las mismas personas, permanece invariable. El posfranquismo necesitaba de un Watergate que arrinconase, polarizando las iras populares, al Nixon de turno. *The Economist* se encargó de incinerar el mito de Arias Navarro, al que ya no le quedan recursos para hacer un discreto papel en la nueva farsa democrática. La operación era, no obstante, de más largo alcance. Recientemente *Diario 16* ha levantado el velo de las "escuchas" telefónicas, ya no sólo de las del franquismo, como había apuntado *The Economist*, sino de las que se prolongan hasta el presente período electoral.

El extraño silencio con que grandes sectores —algunos liberales— de la prensa nacional han acogido las revelaciones de *Diario 16*, hace pensar en que existe algo más allá de la precaución profesional en citar fuentes de la competencia para evitar publicidades gratuitas. Existe un premeditado muro de silencio que sólo sería explicable tras un cuadro de complicidades. También en *Diario 16* se produjo un hito de cierta trascendencia en la prensa. Un serial de Gregorio Morán, "La semana del complot", elevaba el techo informativo. A petición del Juzgado Permanente de Justicia Militar era detenido el autor por miembros de la Segunda Brigada Regional e internado en la DGS, en donde permaneció una noche. Tras diversas gestiones fue puesto en libertad, iniciándose el procedimiento por injurias. En uno de los capítulos de la serie se explicaba la intervención de la "División Acorazada" que manda el teniente general Miláns del Bosch en la prevención de los sucesos de la "semana del complot", cuando la muerte de Arturo Ruiz y los abogados laboristas.

Posteriormente algo tan esquemático como "el descubrimiento de escuchas telefónicas y micrófonos ocultos en el cuartel general electoral" saltaba a la luz en la Unión de Centro Democrático. Burdo e infantilmente mimético. No era necesario otro Watergate local, precisamente en la UDC, para "desviar" la atención sobre el tema de las "escuchas". Suárez, en esa circunstancia, era víctima y cabeza del sistema represor. Inconvenientes de su doble condición de candidato y conductor del cambio.

Diversos hechos violentos, como el atentado a José María Bultó, presidente de la Sociedad Anónima Cros, de Barcelona, el secuestro de Javier de Ybarra y Verge, cuyas similitudes con el de Antonio María de Oriol saltan a la vista, así como la situación en el País Vasco (en donde se advierte una sobretensión), revelan —al igual que en enero-febrero— figuras y convulsiones internas del sistema. Oficialmente se reclama "moderación". Pero se cubre con una cortina de imprecisiones la explicación de los hechos. Técnica franquista.

Tampoco es nueva la técnica de fijación de ideas a través de los medios de comunicación que controla el poder. Ni tan siquiera el franquismo es el creador del método de remodelación de la mentalidad popular. Tiene conocidos precedentes históricos. El inicio de la campaña electoral es un pretexto más para asegurar el deseo encubierto de perpetuidad en el poder de la actual clase dirigente. El Gobierno, enmascarado tras el Centro Democrático, moviliza todos los recursos para esa continuidad. Uno de los recursos es, paradójicamente, las elecciones "democráticas". Una idea repetida, machacada, remachada, desde la televisión puede llegar a tomar cuerpo en la comunidad. Tal es el caso de la "moderación".

En los momentos en los que la dictadura hallaba uno de sus puntos críticos de inflexión, en 1969, el ministro Fraga Iribarne —un firme puntal antidemocrático del franquismo— dejaba filtrar a la prensa dirigida, a la vuelta de uno de sus viajes a los Estados Unidos, el entramado del *affaire* Matesa. Una palabra clave en el franquismo, *corrupción*, asomó tímida-

FERNANDO GONZALEZ

te en los medios de comunicación. Sin embargo, el poder —representado por el general Franco— continuaba con su dilatada e incansable labor de deformar la "idea democrática". En las Cortes el dictador, al tiempo que proclamaba al Príncipe de España, se despachaba, como era habitual en él, contra la democracia:

**"Si la democracia inorgánica de los partidos políticos puede constituir para otros pueblos un sistema, si no de felicidad al menos verdadero, ya se vio por dos veces en nuestra Historia lo que la República representó para nuestra Patria. El mal no residía en sus hombres, sino en el sistema. Lo padeció nuestra Monarquía, bajo el régimen parlamentario de democracia inorgánica, basado en los partidos políticos, que la arrastró a sucum-**

bir...". La clase política —que incluía entre sus filas de procuradores orgánicos uniformados, a gran número de los candidatos que actualmente se presentan por Alianza Popular o la Unión del Centro Democrático— condenaba con sus fervorosos aplausos al dictador, todo el sistema parlamentario y democrático. La repetición hasta la saciedad de los tópicos franquistas llegó a crear, en la mente popular, graves complejos generacionales que aún ahora perduran.

## El poder obsesivo

La acción psicológica que se está articulando desde el poder, lleva implícita en sí una obsesiva insistencia —muy del estilo franquista— de que "la moderación es la clave de la transición". En el último discurso televisivo del presidente Suárez (con el que realmente se abrió la campaña electoral) se insistía en el hecho de que él debería permanecer —sacrificándose— en el poder para que el pueblo pudiese encontrar su camino hacia la democracia. "Moderación" y "permanencia en el poder" son dos habilidosos conceptos de la nueva semántica política. Un análisis del planteamiento presidencial —rebuscando en sus orígenes ideológicos— revela un tras-



Fraga Iribarne dejaría filtrar a la prensa, dirigida en 1969, el entramado del "affaire Matesa".



Pérez Escobar, un "apertura" dentro del franquismo.



Arias Navarro, un mito incinerado.

fondo fascizante que entronca con etapas ya superadas teóricamente. El descubrimiento de una raigambre fascista en la terminología política de Adolfo Suárez no es, por otra parte, tan sorprendente.

La permanencia en el poder se justifica generalmente con el piadoso concepto fascista del "servicio". En repetidas ocasiones Franco había hecho declaraciones de que "no podía abandonar mi Capitanía porque sé bien que me necesitáis". Tampoco el dictador español estaba esgrimiendo un argumento original. En 1933, Benito Mussolini —El Duce— se dirigía al Gran Consejo Fascista aclarando la ineludible necesidad de su permanencia en el poder:

"... me ha convencido de que, no obstante existir una clase dirigente en formación, a pesar de haber una disciplina en el pueblo, cada vez más consciente, debo echar sobre mí la carga de gobernar a la nación italiana diez o quince años más todavía. Es necesario. ¿Por qué? ¿Es una apetencia de poder lo que me retiene? No. Creo que ningún italiano, ni siquiera mi peor enemigo, pensará esto. Es un deber estricto de servicio, frente a la revolución fascista y frente a Italia...".

La fórmula es antigua y casi siempre infalible. El papel de moderador oculta cierta forma de continuismo. Una palabra repetida llega a crear una "verdad". El ministro de la dictadura Fraga asaltó la intimidad de los españoles con la "paz". Una "paz" que significaba la desaparición de toda crítica y que, en definitiva, para obtener esa "paz" había habido previamente que provocar una guerra por parte del "pacificador". En el posfranquismo —que algunos, como José María de Arellano, desde El País, denominan caetanista— el eje terminológico de la promoción en la continuidad es la moderación, aunque para ello haya que crear una violencia que justifique esa "moderación".

### Los trasvases franquistas

Alianza Popular se funde en sus márgenes más "apertura" con la Unión de Centro Democrático. Pérez Escobar —el ejemplo casi único, se cita de "apertura" dentro del franquismo— es prácticamente una aproximación a la nueva imagen del centro. El fascismo residual del franquismo —Fuerza Nueva, PAN, Alianza Nacional 18 de Julio, etcétera— deriva hacia Alianza Popular. El notable refuerzo en los servicios de seguridad de Alianza Popular es debido en gran parte a los jóvenes fascistas procedentes de Fuerza Joven —instruidos por Francisco Girón o Sandoval— y "cedidos" a los franquistas.

Manuel Fraga, por su parte, no hace ascos a la incorporación de fascistas a su agrupación. Sabe que, como en la Alemania Federal, en el futuro serán asimilados por los partidos conservadores, en donde llegarán a ser figuras imprescindibles. Sin embargo, el provenir de Alianza Popular comienza a perfilarse como una prolongación parlamentaria de Unión de Centro Democrático. Ambas formaciones tienden a confundirse, si es que realmente han estado alguna vez divididas. ■

Los  
Contem  
pora  
neos

## LOS HIJOS DE FRANCO

El personaje del día es el indeciso. "¿Qué votaré yo?", se pregunta a sí mismo. No se contesta nada. Apenas hay algo más que una resonancia de eco en su vacío interior. Las frases que lee, las pintadas, los cartelones, los mítines y los editoriales se desploman en su propio abismo. Si nos fiamos de los sondeos de opinión pública —y la verdad es que no tenemos ninguna razón para fiarnos—, la mayoría de los españoles están viviendo tiempos de perplejidad. No saben qué elegir, no saben cómo optar.

Son los hijos de Franco. Ni siquiera lo saben, y hasta es posible que se indignasen si se lo dijeran: no está en la moda, ni es conveniente, confesarse hijo —espiritual— de Franco. Antes de que el gallo Suárez hubiese cantado tres veces en la televisión, los sampedros franquistas habían negado ya a su señor.

Y la verdad es que estos hijos espirituales de Franco, los indecisos, los atónitos, los perplejos, no son tampoco franquistas. ¿Cómo iban a serlo, si no son nada? No son franquistas, pero son franquismo. "Robots" del franquismo, zombis del franquismo. Pertenecen al reino del vacío. La inmensa sala de su cerebro se ha amueblado someramente con un televisor y un cochecillo, con una esposa ambiciosa y descontenta sexual, un equipo de fútbol al que gritar y una esperanza en las quinielas: amar sin ganas en la cama conyugal y asistir sin ganas a la Misa dominical. Lo demás es silencio. Y miedo. Miedo a definirse, miedo a optar, miedo a su propia libertad. A no poder pagar las letras, a perder las horas extraordinarias. Miedo a tener miedo. Y miedo a tener miedo de tener miedo. No es ni siquiera la burguesía: es una especie de lumpen-burguesía, que vive en un limbo que no es casual, sino la obra lenta y cuidadosa de un régimen. De unos reflejos condicionados que comenzaron a trabajar en los paredones o las cunetas, en las grandes cárceles, y la censura de prensa, teatro, cine y libros, que ha continuado en la escuela, en la Universidad, y en los campos, fábricas y talleres.

"No están maduros para la democracia", decían los que habían hecho que no estuviesen maduros para la democracia, los que no querían que estuvieran maduros para la democracia. Ahí los tenemos: en los computadores de las empresas de sondeo y encuesta de opinión pública dan esta cifra desalentadora: son un 43 por 100.

No va a ser fácil levantar a estos catatónicos, a estos Lázaros sin milagro. No le es fácil a ningún partido, porque también los partidos —todos— están impregnados de franquismo, y sus programas son vacilantes, imprecisos, indecisos. Tratan de adaptarse al vacío nacional: tratan de conquistar el vacío no llenándolo, no fecundándolo, sino ofreciendo otro vacío lleno de frases paternalistas y retóricas. Rostros sonrientes de líderes sin carisma les quieren llamar desde los carteles electorales, o rostros ceñudos de los que quieren dar la otra figura del padre, que es lo que creen que necesita este país. Las elecciones se están convirtiendo en un concurso de padres.

Y los hijos de Franco, los hombres y mujeres que son franquismo, los contemplan con cara de perplejidad. "¿Qué votaré yo?", se preguntan unos a otros. No son capaces de votarse a sí mismos, que es lo que es la democracia: votar por uno en la figura de otro. Pero les pasa algo terrible: no creen en sí mismos. Es lo que les han enseñado.

POZUELO